

## Estampa

Padre Pedro José Ynaraja Díaz

### 2. AMOR DE CÉLIBE

Conozco desde los años cincuenta del pasado siglo los cursos de preparación al matrimonio, tanto presenciales como por correspondencia. Invité a asistir a unos y a otros a apuntarse, recibir por carta los temas y contestarlos de la misma manera. De la validez de una u otra manera no dudo, de su utilidad ya no estoy tan seguro. Lo que escribiré a continuación se refiere a una experiencia diferente. Imagino que para unos será provechoso respecto a su vida matrimonial, a otros les interesará como noción de comportamiento humano o reflexión cristiana.

En la casa de mi Padre hay muchas mansiones... dice el Señor, diferentes añado yo, sin con eso pretender rectificar su doctrina.

Algunos con más o menos ironía, me han dicho ¿ahora que has doblado los 90, no vas a redactar tus memorias? Otros después de que les haya confiado antiguos recuerdos que podían serles útiles, me han dicho ¿por qué no lo pones por escrito, que puedan ayudar como me has ayudado a mí tu con lo que me has contado? No ignoro que en este caso pienso también disfrutar yo, actualizando recuerdos que por desgracia nadie comparará con otros suyos o de los demás. A mi edad casi todos mis compañeros de vida y aventuras han muerto ya.

Me he propuesto, pues, ofrecer unas estampas, algunas, muy pocas, redactar unos recuerdos de experiencias personales.

Reconozco que mi vida ha sido algo más curiosa que la del común de los humanos, sin ignorar que ninguno de nosotros es fotocopia de un original. Dios nos piensa y crea a cada uno según sus libres deseos, ahora bien tal proceder se realiza y muestra de acuerdo con unas causas geográficas e históricas, redactaré de acuerdo con ellas, como si ignorase las divinas, pero líbreme Dios de crearme independiente de su proceder.

La diferencia que aludía, responde en parte al mero hecho de ser hijo de funcionario, que por su mismo género de empleo, debe estar dispuesto a que le trasladen de una población a otra, si quiere mejorar. Esto y el haber sufrido en mi niñez una guerra civil y una postguerra muy incivil etapa, distancian enormemente mis vivencias de las de la juventud de ahora y de las tierras donde escribo.

He titulado estampas a estos escrito no sé porque, tampoco el orden tendrá ninguna lógica y en más de un caso, en realidad debería redactarlas en plural.

Que quede claro que aunque las experiencias que cuente sean más, el protagonista de todo lo bueno es exclusivamente Dios y de Él quisiera yo que mis lectores estuviesen dispuestos a aprender, dejándose llevar dócilmente por sus iniciativas, que me gusta decir y repetir que la imaginación de Dios es prodigiosamente inmensa.

Abandono, las explicaciones previas, ¡ya era hora!, diréis! amigos lectores, esperando que puedan ser de provecho para algunos o de entretenimiento para otros, que las dos cosas deseo.

Advierto que siempre que la discreción me lo permita, a los protagonistas del relato les daré su nombre propio y apellido si es posible.

A.- situación histórica. Último año de la Guerra Civil española y alguno más posterior a ella. Primeras asistencias al colegio de los HH Maristas (colegio San Antonio).

B.- situación territorial. En Burgos, en jardines de los alrededores de la estación del ferrocarril, "Caminos de Hierro del Norte de España". En el piso superior al de las oficinas que ocupaban la planta baja, estaban las viviendas de los jefes, distribuidas en tres bloques.

En aquel tiempo la separación entre chicos y chicas era total, ahora bien, entre nosotros no era así, en realidad era una convivencia casi familiar, o familiar totalmente, en otros.

Imaginaos que yo, Pedro José, podía tener 10 años. Mi hermano Jesús-Antonio 5 y mi prima Marilén lo mismo. Merceditas 11, Sebastián 12, Pili 14, estos dos últimos con Marilén eran mis primos. Santi supongo que 14 y su hermana Teodora 15.

El terreno de juego, juegos en el suelo, agujeros que llamábamos cristaleras, subir y bajar a unos árboles que su altura nos lo permitía, truanas (*Ligustrum japonicum*) castaños de indias (*Aesculus hippocastanum*) y unos enormes cipreses que acompañaban a un altivo y presumido cedro.

Me he detenido en la descripción porque tal situación no era la propia de aquel tiempo. ni mucho menos la de los de ahora, que uno no puede imaginar a un grupo de 10 a 15 hablando y discutiendo sentados en la hierba, escarbando en el suelo para encontrar lombrices con las que pescar, discutiendo, jugando a adivinanzas o saltando ellas a la cuerda, etc, etc. Los chicos con los chicos y las chicas con las chicas, se decía y repetía aunque no lo fuera siempre así. Tal era el común criterio que si era norma establecida por padres y educadores, a nosotros los varones no nos inquietaba, ya que orgullosamente pensábamos que ellas eran inferiores a nosotros y algo tontas y sin que nadie nos lo mandase, nuestros entretenimientos que no eran con balones unos y muñecas ellas, en muchas ocasiones jugábamos separados.

Podían existir diferencias corporales, o más bien apariencias diversas, ellas trenzas, y faldas, nosotros pelo corto y pantalones también cortos, tanto en invierno, como en verano. Diferencias más íntimas, léase corporales o fisiológicas, si alguien las sabía, las sabía en secreto, podía atreverse a comentarlas a escondidas, ya me entendéis, en aquellos tiempos era común tales actitudes.

El hecho de que yo tuviera dos hermanas mayores y el ambiente de juego en el que nos movíamos era limpio a conciencia, creo que han sido hechos que han influido en el respeto que siempre he sentido por cualquier persona, masculina o femenina. Dicho de otra manera, ellas podían ser mujeres y por tanto diferentes, pero nunca simples hembras, nunca pensé tal cosa.

Cumplidos los 10 años tocaba escoger futuros estudios. Mis padres escogieron para mí el bachillerato, que el de entonces era de 7 cursos. La situación económica familiar, categoría de primera, sueldo de tercera, decía mi madre, solo permitía matricularme en el Instituto. El edificio era común para chicos y chicas. Ellas por la mañana, nosotros por la tarde. Las clases se cursaban de lunes a sábado. Cada asignatura tenía asignada 55 minutos. El intervalo entre una y otra, era de 10 minutos. Podía uno no asistir a clase sin justificación, porque no tenía preparada la lección que el profesor le podía preguntar, o por el motivo que fuera. 10 faltas a clase no justificadas suponían la exclusión del curso y tener que examinarse en septiembre.

Lo que contaré me ocurrió cuando cursaba tercer curso. Era un chiquillo, lo que contaré, seguramente, nadie lo tomará en serio. Espabilado en sentimientos, a una edad en que sé muy bien que hoy en día, nadie piensa y se emociona en las situaciones en las que yo viví.

Existía en Burgos, y continua existiendo, el Paseo de la Isla. Un parque junto al río Arlanzón, con jardines, un pequeño estanque y arboleda.

Aparecieron un día en un extremo de tal prado unos columpios. Un letrero advertía que estaban prohibidos a los mayores de 12 años. No hicimos ningún caso, siempre he disfrutado de lo lindo columpiándome, era por la mañana y en verano cuando ocurrió lo que ahora voy a contar. Sin ser consciente de ello, gente joven y gente adulta, fue poco a poco desapareciendo de nuestro alrededor. Todos no, nos quedamos mi hermano y yo y sin ser darme cuenta, también estaba con nosotros una chica que seguramente era habitual de los otros días, sin que su presencia hasta entonces me pareciese singular.

La tal chiquilla se dirigió a mí diciéndome: sé cómo te llamas, tu eres primo de Pili y Sebastián y vas a la iglesia de los carmelitas cada día a ayudar a misa, a la de las nueve y media.

Eso de ayudar a misa me gustó. Debo advertir que tenía como compañero de clase de matemáticas a Rafael Frühbeck, que en aquel tiempo presumía de violinista y compositor musical y posteriormente fue famoso director de orquesta. En clase, evidentemente, además de escuchar al profesor, hablábamos de nuestras cosas, correctas unas, intrigantes e incorrectas otras. Se enteró de que iba misa y orgulloso que ya era él, me dijo: a los monagos os dan el desayuno y una perra gorda cada día (10 céntimos) . Tal comentario me enojó y le corregí, yo no soy monaguillos, no me pongo sotana, voy a ayudar a misa porque quiero y no me dan nada a cambio...

La chiquilla se había dado cuenta de que no era un subvencionado peón de sacristía y por eso se expreso de tal manera. Me dijo que me veía siempre, porque ella también iba a misa y se colocaba en la primera fila del lado del evangelio. Eso fue al principio, me dijo también después que sabía donde yo vivía, quien era mi padre y muchas otras cosas más que no recuerdo, compréndase, pues, han pasado de esto más de 75 años.

Se hizo tarde, nosotros comíamos a las 14h cuando mi padre tenía turno de mañana. En su casa también a la misma hora, pues, su padre era magistrado de la audiencia. Evidentemente nos fuimos separados y con un simple adiós de despedida.

Decidí que aquella misma tarde se lo contaría todo a mis dos amigos, José Luis Gonzalez Alonso y Antonio Martinez Moreno. Ella me había dicho que eran tres amigas, encajaba bien la cosa...

Recuerdo muy bien que al atravesar el puente del río, iba repitiendo en mi interior: "Ay, que me troncho", expresión que Toñi, así se llamaba ella, había repetido muchas veces a carcajada limpia. A la memoria me vino también la melodía "Ay mi morena, morena clara, ay mi morena... (de la zarzuela Luisa Fernanda, la única que en aquel tiempo había visto).

Era demasiada la emoción que me embargaba y tuve que decirle algo a mi hermano respecto a la chiquilla. Se mostró indiferente, no se había dado cuenta de nada. Entonces yo encantado me dije, claro, es que yo estoy enamorado y él nada

de eso sabe. Evidentemente que debía ser así, ya que yo le superaba cinco años más.

Rápidamente desfilaron mis satisfactorias relaciones personales, padres, abuelos, primos, tíos, vecinos, amigos... todo, formidable, pero lo que yo sentía entonces era nuevo, era diferente... en tan poco tiempo había descubierto y gozado de un nuevo amor.

Si, era autentico enamoramiento de trece años, nadie lo dude y que yo además doy gracias a Dios por ello. Semilla de amor era que germinaría en diferentes corazones más tarde. Germinaría, sin llegar a crecer, manteniendo felices ilusiones. Eran pedestal donde se asentarían otros amores sucesivos y por fin coronaría el amor que más tarde libremente escogí y todavía conservo, el compromiso personal de amor en el celibato.

A nosotros nos trasladaron a Vic (Barcelona), ella con sus padres se trasladaron a Valladolid. La separación física y sentimental desapareció. Supe más tarde que a sus 17 años había enfermado de leucemia. Una diminuta Love Story (famoso film de 1970) que aunque así fuera me valió más que un sobresaliente sentimental, aunque tal calificativo que yo le doy no figure en el libro escolar, donde aparecen anotadas las notas, buenas y malas de todos los cursos, pero que muy pocas asignaturas han hecho tanta mella como el encuentro con mi morena," morena clara, hay mi morena, hay que gusto da mirarla".

Ningún contenido me impactó tanto como este ingenuo enamoramiento, que nunca he olvidado y que tanto bien me hizo. Cuando estoy en Burgos nunca dejo de pasar por lo que queda de aquellos jardines de la estación, por la iglesia del Carmen y por el paseo de la Isla. Mientras trato de recordar su rostro sonriente, vuelve a sonar en mi interior: *hay mi morena, morena clara, hay mi morena, hay que gusto da mirarla*.

Creo preferible saltarme unos cuantos años, no hablar de las inquietudes posteriores, de mi entrada en el seminario, de mi ordenación sacerdotal. Me propongo hacerlo en otro momento. Advierto que si realmente no viví ningún noviazgo, no me faltó nunca, ni me continua faltando trato amistoso femenino.

Mi memoria salta bruscamente bastantes años, esta vez se tratará de un sueño que tuve una noche en Calahorra.

Adviento que sin meterme en terrenos propios de sicólogos o neurólogos, esto seguro del valor de los sueños. Permítaseme que ponga ahora por escrito un ejemplo que siempre explico para justificar mis convicciones. Nunca he sido buen alumno, siempre buen estudiante, la posteridad lo ha demostrado. Tampoco me ha faltado orgullo.

Érase que se era, la clase de matemáticas. El profesor de 7º dijo un día, a quien resuelva este problema, le pongo un 10.

Decía así el enunciado: la manecilla corta de un reloj estaba situada entre el número 11 y el 12. La larga entre el 1 y el dos. Al cabo de un determinado tiempo,

la larga estaba entre el 11 y el 12 y la corta entre el 1 y el 2. ¿qué hora exacta marcaba el reloj en uno y otro momento?

Me fui a casa preocupado y a dormir también. Horas y horas, sueño, pesadillas y preocupaciones, pensando en cómo encontrar las ecuaciones que permitirían descubrir ambas incógnitas. Por fin la encontré y soñoliento y muy de mañana acudí a clase.

Satisfecho expliqué el desarrollo del problema, nadie creyó que la solución la había encontrado soñando, nadie tampoco había sabido resolverlo. Sería muy largo explicar lo que pienso al respecto. Si he contado esta pesadilla es para que el lector sepa qué valor doy yo a los sueños y que entienda cómo me impactó el que voy a relatar.

No puedo situar la fecha, lo único que advierto es que ya era sacerdote y que mi padre todavía vivía.

Había ido a Calahorra a visitar a la anciana soltera tía Alvarita que vivía sola. Me quedé a dormir en su casa. Estaría durmiendo profundamente cuando me encontré abrazado a una chica. Vestía de negro mate, jersey cuello de cisne, su cabellera descendía elegantemente sobre sus hombros. Sus ojos inmensos no avasallaban, eran dádiva generosa. Nuestros corazones latían al unísono. Estaba pegada a mí y quedamente me susurraba: te quiero.

Sin aparente solución de continuidad me encontré despierto, había sido un sueño, si, me daba cuenta, pero la vivencia había sido y continuaba siendo muy real. Estaba en la cama y a oscuras, en una casa que no era la mía, no era momento para reflexionar. Decidí dejarlo para la noche que debía pasarla en el tren.

En mi mente se grabó un lema, mil uno era mayor que mil. Ya explicaré el sentido de la expresión más tarde

No sé cómo pasé el día, probablemente y como en otras ocasiones, sería así. Calahorra era la cuna de mi familia materna, ya por aquel entonces no conocía a nadie, habían muerto unos o trasladados otros. Había ido como muestra de cariño a la tía que toda su vida la pasó acompañando a su madre viuda, mi abuela Álvara.

No dejé de ir, estoy seguro, a la iglesia de Santiago, de pasar por la Calle Mayor, recordando que por allí habían vivido mis padres y nacido dos hermanas mías, ni por descontado dejar de contemplar la estatua de la Matrona, que desde pequeño me la enseñaba siempre mi madre. al pasar por la fuente de los trece caños o al entrar en el convento de los carmelitas, nuevos recuerdo infantiles se encendieron en mi memoria como ingenuas lamparitas.

Trataba de distraerme, dando sentido a mi paseo. Ni estaba enojado, ni feliz. Continuaba interrogándome ¿por qué había prescindido yo de dejarme amar?.

¿Por qué no me había dado cuenta de que el amor recibido enriquecía enormemente?

Tal como tenía previsto, al atardecer cogí el tren. Asiento de primera de acuerdo con mi condición de hijo de jefe, donde deposité el equipaje y de inmediato salí al pasillo dispuesto a interrogarme cuanto fuera necesario, aunque por ello pasase la noche sin dormir.

No tengo nada que explicar. Le daba vueltas a lo mismo y siempre la respuesta era la misma, mil uno era mayor que mil.

Amanecía cuando empezó a divisarse el mar, abandoné mi reflexión habiendo obtenido únicamente una respuesta provisional. La vida es una ruta hacia la cumbre eterna. Muchos caminos conducían a la cima. Tal vez no había escogido el mejor, pero por el que iba también estaba seguro de llegar. Debía ser fiel, era deber aceptado el día de mi "Partida scout". (En otra ocasión me referiré al scoutismo y su influencia en mi vida espiritual).

Mi vida sacerdotal continuó en Calaf como si nada hubiera pasado. Aceptaba la satisfacción de ser fiel a un vínculo. Digo siempre que el hombre es el único animal capaz de comprometerse. No era feliz del todo, pero sí estaba satisfecho.

Hasta que un día...

Llamaron preguntando por el sacerdote que vivía conmigo, al que se le daba más categoría. Había salido de viaje. Me propusieron que fuera yo quien fuese a visitar a una mujer joven, enferma, a punto de morir.

Salí de inmediato y llegué enseguida. Me sorprendió la afabilidad con que fui recibido y el trato sin extrañeza por aquella mujer que me dijo tenía 28 años y una hija de 6. Una mujer serena y alegre.

La conversación era fluida, pero yo me decía en mi interior, me han dicho que venga a darle los últimos sacramentos ¿cómo puedo yo referirme a ello?. Hablarle bruscamente de su situación, por muy cristiano que pudiera ser, humanamente no era honesto. ¡Dios mío, ayúdame! Ella misma lo facilitó. No sé porque se refirió a que los médicos que la atendían estaban inquietos y desorientados (anaven de bòlit, en catalán). Pero que ella estaba tranquila, pensaba que no se iba a morir, pero que si así fuese, tampoco la asustaba... había abierto el camino, pensé satisfecho.

Me referí entonces a la Fe cristiana y de inmediato me contó que pocos días antes, una señora que había venido a visitarla le había preguntado ¿Cómo es que tú, joven, que tu marido te maltrata, estás enferma y tienes una hija de 6 años, siempre estás contenta? ¿sabe lo que le contesté? Así es en esta vida... y ella me dijo ¿pero tú crees en la otra? Y tanto que creo, le contesté. Si no fuera así, ahora mismo, con este cuchillo, te haría saltar el mucho dinero que llevas en tu bolso, que yo sé que es mucho... no supo que decirme...

Había abierto el camino y fue muy fácil continuar, hablando ahora del Cielo. Recibió la absolución y la unción de los enfermos. Añadí poca cosa más.

Salí inmensamente feliz. Me di cuenta de que no se trataba de mil o de mil uno. Dios cuando ama se desborda. Nada me faltaba. No había errado el camino, aunque la otra ruta hubiera podido ser también válida. No digo que la por mí escogida estuviera hecha a mi medida, no, estaba hecha a medida de Dios, para mí exclusivamente.

No volví a verla, la ingresaron en un hospital de fuera. Me dijeron que les había dicho que mi visita la había alegrado mucho. Ahora mismo, cuando acabo de contaros todo esto, lloro yo emocionado de felicidad...

Con Dios no caben las estadísticas. Aun si así fuera, infinito más uno es infinito. Otro sí, en las matemáticas de Dios no caben teoremas de Tales, de Pitágoras, o de Arquímedes. Todo es Gracia, que diría el cura rural de Bernanos.

Esta "estampa" la acabo aquí. Sé que exige un complemento que me propongo redactar en cuanto pueda. Os contaré enamoramientos de otras personas que escogieron otra forma de amar, diferente de la mía, de sus logros y percances. De sus éxitos, que muy próximos a mí han vivido. De experiencias de amor por las que yo mismo he pasado y gozado, sin tener que abandonar el celibato que había escogido al elegir el sacerdocio en la Iglesia Católica Latina.

*(Esto último lo pongo por si acaso algún lector ignora que la práctica común en las Iglesias Orientales o Griegas es que varones ya casados, si lo desean y el obispo accede, generalmente reciben el sacramento del Orden. No es momento este de detenerme a comentar sus pros y contras)*